

## INTERCONECTADOS

### Una sorpresa en la batalla

El cielo cuidadosamente pixelado, con sus variados tonos de grises, no hace más que presagiar la terrible batalla que está por venir. Como en tantas otras ocasiones, me reúno con la comunidad de los guerreros más variopintos y feroces existentes en la comarca. Magos, enanos, druidas, humanos, todos unidos para enfrentar una amenaza como ninguna otra.

Una horda de horrores venía en camino.

Yo ya había peleado en mil batallas por lo que mi experiencia y habilidades hacían que mi espada y armadura fueran herramientas indispensables en la batalla inevitable que se aproximaba. Todos, expectantes, esperaban el momento exacto en que tal evento diera comienzo. La tensión se podía cortar en aquel aire virtual.

Es cierto que era tarde y que muchos estaban sacrificando horas de sueño y, que al día siguiente tendrían que levantarse al alba para cumplir con todas sus diferentes ocupaciones habituales, ya sea estudios, trabajos de oficina, o muchos otros. Da lo mismo las diferencias, hoy todos estábamos unidos esperando el segundo exacto en que un ejército de monstruos desconocidos querría acabar con nuestra paz y aburrimiento.

De pronto aquel momento llegó. Una variedad inconexa de hombres lobos, tragos, vampiros, cíclopes y muchos otros que no me di el tiempo de reconocer, saltaron frente a nosotros y comenzó la anhelada trifulca. Algunos novatos eran derrotados con facilidad desapareciendo del campo de batalla, pero no era mi caso. Con una

capacidad incomparable acababa con quien se me pusiera en mi camino. Ya sean garras monstruosas o colmillos afilados, nada podía detenerme. Con facilidad y gran habilidad blandía mi espada y, les hacía honor a tantas horas frente al ordenador a pesar de los constantes reproches de mis consanguíneos.

Si bien, cada vez éramos menos, también lo era el enemigo y, con alegría me percataba que tendría éxito en aquella sacrificada campaña. Cuando estaba a punto de cantar victoria algo cambió. De la nada un ser translúcido surge del vacío infinito. Con una velocidad increíble se dirige hacia mí y con la misma tomo en forma instintiva mi afilada espada y me pongo en guardia.

A medida que se acerca no es miedo lo que siento sino una extraña sensación de familiaridad, una calidez y conexión hacia aquella figura que no había sentido antes. O por lo menos no en aquel ambiente virtual. De pronto dos oscuros seres surgen detrás del primero, similares pero diferentes a la vez. Igualmente, translúcidos, pero me erizaban los pelos, aún en el mundo real. Causaron en mi un sentimiento de aversión tal, que no pude evitar que todo mi cuerpo reaccionara para que, con mi característica experticia tomara mi arma para enfrentar a las dos sombras que amenazaban a la primera. Ellas sorprendidas parecían no entender lo que pasaba lo que no evitó que con gran habilidad se defendieran. No eran como el resto de los esperpentos del inframundo que los programadores habían confeccionado para aquella campaña. Pero no eran rivales para mí, cuando, finalmente y, utilizando toda la barra de energía que me quedaba, sienten mi acero teñido de magia nivel cincuenta, partirlos a ambos. Al mismo tiempo percibo a lo lejos una barbuda sonrisa

articular, un sonido ininteligible que seguramente decía: “gracias”, mientras desaparecía al sobrepasar los límites del espacio prefijado.

Entonces el universo entero empieza a remecerse y los pixeles a deformarse cuando un olor a humo, con violencia, me devuelven a la realidad. “papá, ¿qué pasa?”. Se escucha el grito de aquel joven de no más de doce años. “Creo que es un cortocircuito”, se oye a lo lejos, fuera de la habitación. El juego había terminado.

### El chat

“Más unidos”, me burlo para mi misma mientras me levanto de una particular cena familiar. “Mi papá no tiene idea de nada”, me digo. “No como José”. Tomo mi celular con rapidez y me dirijo hacia la protección de mi habitación. Cierro la puerta para luego escuchar el portazo de la habitación del frente que seguramente es el Juanito que sin nada de delicadeza se prepara para “su jueguito” del que estuvo hablando toda la semana, “vaya hermano que tengo”, eso es lo único que le importa.

Me recuesto en mi cama y con gran agilidad tipeo un saludo y un par de emoticones, con sonrisas y corazones, hacia mi querido José. “El si me entiende”, digo en voz alta sin darme cuenta. El par de “ticket” indica que el mensaje llegó con rapidez para tan solo ser ignorado. Con impaciencia vuelvo a escribir “holaaaaa”. Es muy raro que no conteste. Generalmente lo hace con gran rapidez.

Me doy cuenta de que le queda poca carga a mi celular y automáticamente lo conecto al tomacorriente de la casa.

Dicen que estos nuevos “toma corrientes” incluso mejoran la conexión a internet.

Mientras ayude que el José me responda pronto, lo demás me da igual.

Acostada frente a mi cama miro con desesperanza mi celular. De pronto un mensaje emerge para decir “hola”, pero su autor no es José. Con curiosidad miro de quien se trata, solo para leer la palabra “Desconocido”.

“Hola” respondo un poco reticente. “¿Quién eres?”-replica el chat desconocido-Es muy extraño que alguien escriba sin saber a quién lo hace, pero no siento peligro ni desconfianza, lo que es más raro. “¿No sabes quién soy?”-escribo. “Ni donde estoy”- responde. Cada vez la charla se torna más extraña. “Ni sé dónde ir en esta oscuridad”-agrega el personaje desconocido. Sin pensarlo mucho respondo: “mi papa siempre me dice que sin importar la oscuridad siempre hay una luz con la que se puede avanzar”. “Yo siempre solía decir lo mismo, pero lo había olvidado. Tu padre es alguien muy listo”. Con un suspiro le digo que tiene razón y es que mi papá siempre ha estado a mi lado, solo es que yo también lo había olvidado. “Se nota que para ti la familia es esa luz”, leo en el celular, “Así es”-respondo brevemente. Y mi corazón se llena de una calidez familiar. La anhelada respuesta de José deja de importar y digo para mí: “Quizás mi papá entienda más de lo que creía”. “¡Entonces avanzaré! Gracias” me dice el desconocido. La verdad es que tendría yo que agradecerle. Había olvidado lo feliz que soy al ser su hija y lo importante que es la familia. Quizás sí debiéramos ser más unidos.

Tomo el celular para agradecer a mi desconocido interlocutor cuando un chicharreo extraño hace que las luces de la habitación se apaguen junto con el mismo celular, el que parece afectado por una especie de sobrecarga. Solo la voz de mi hermano rompe aquel silencio y la rápida respuesta de mi padre al decir algo de “un cortocircuito”. Sin lugar a duda es el fin de aquella rara conversación.

## La princesa casera

En forma rauda mi dirijo a la cocina. Me siento un poco culpable al no intervenir mucho en la conversación de la cena mientras veo a los niños subir por las escaleras hacia sus habitaciones.

“Es cierto que a veces estamos muy cerca y lejos a la vez pero que le vamos a hacer”. Todo queda rápidamente en el olvido mientras me pongo a lavar la loza, no por aquel acto en sí mismo sino porque un segundo antes encendí una pequeña pantalla dispuesta en la pared de la cocina, frente al lavaplatos, donde puedo ver el drama oriental que tanto me gusta.

Veo a aquella doncella asiática, con sus maravillosos atavíos, pasar por incontables situaciones, algunas graciosas otras muy dramáticas e interesantes, con tal de estar con aquel deslumbrante caballero y miembro de la realeza, para poder, finalmente, ser correspondida en aquel amor imposible.

Me cuesta imaginar que después de lograr aquella anhelada meta la protagonista de esa historia terminara lavando la loza. De pronto una interferencia interrumpe mi serie. Es raro. Aseguraron que la casa tenía la última tecnología y era a prueba de errores y ahora, justo en la mejor parte, mi novela se interrumpía. Me seco las manos para revisar un pequeño panel a un costado de la cocina. “No creo que las princesas hagan este tipo de cosas tampoco”.

Siempre soñé en ser la protagonista de las novelas que veía y con el tiempo olvidé ver la novela de mi vida, solo la vivía.

Veo muchas palancas y botones. Sin entender demasiado oprimo un botón y, en consecuencia, quedamos desconectados del exterior. “De verdad no entiendo que hice mal”. Me había casado con el hombre que amaba y tenía dos maravillosos hijos. Mi suegro siempre nos felicitaba por la bella luz que emanaba de nuestra familia. Pero ahora esa luz parecía tener una seria interferencia.

Oprimo otros botones y en una pantalla leo indicar que: “los sistemas internos se encuentran conectados”. No sé que hice. Pero con decisión cierro el panel y me digo que es el momento de saberlo y valorarlo.

Aquella novela dejó de tener valor. Para que la princesa sea la reina debe dejar ver a la princesa y empezar a serla. Para que disfrutemos de la luz, que mi moribundo suegro describía, es el momento de vivirla y valorarla. Mis pensamientos dejan de divagar cuando la luz deja de alumbrar, la pantalla se apaga y un grito a lo lejos es respondido por mi esposo, quien creía estaba en su reunión. “Creo que es un cortocircuito”, decía. Parece que no podré seguir viendo la novela.

### La reunión

Aún no me encontraba repuesto de todo lo había pasado. La pena no me abandonaba.

Aquella cena era más silenciosa de lo habitual. Todos comían con gran celeridad. Sabía que lo único que querían era terminar pronto y cada uno retirarse a su mundo. Yo mismo tenía una reunión muy importante a pesar de lo tarde. “Ojalá fuéramos más unidos” dije casi sin darme cuenta, solo para ver la mirada de desdén de mi hija alejarse con su teléfono en la mano, y de mi hijo casi corriendo por las escaleras.

Miro a mi esposa solo para verle alejarse con presteza, llevando la loza sucia a la cocina.

Me dirijo a la sala de estar prolijamente dispuesta para la importante reunión.

Casi escucho la voz de mi esposa al reclamar por qué trabajo tanto. Y no lo hace con compasión sino con reproche al dejarlos tanto de lado. Ojalá entiendan que lo hago por ellos.

La reunión da comienzo y altos directivos se observan en pequeños recuadros en el computador. “Todavía estamos en espera de tu confirmación”. Me dijo uno en representación de los otros. “Solo esperamos por respeto a lo de tu padre”. La pena regresó. Es que amé mucho a mi padre. No, corrijo. Aún lo amo. “Es una oportunidad única”, insistía el representante del consejo. Nervioso e indeciso me ajusto el nudo de mi corbata. “Muchos darían su vida por una oportunidad así”. En eso tienen razón, ser gerente es un privilegio único. Mis ingresos se incrementarían a un nivel inimaginable y ni hablar de mi prestigio, prestigio... ¿Eso era lo que realmente quería? ¿Prestigio? ¿Dinero? Estaría lejos de mi familia y apenas los vería. De pronto una angustia me ahogó.

“No estaremos conectados toda la noche, necesitamos la respuesta ya” Todas las miradas se fijaron en mí. Empezaba a sudar. Mi boca se abría para aceptar. Era lo más lógico, o eso creo. Me sentía como un niño con la mirada de desaprobación de mi padre diciéndome. “¿Eso fue lo que te enseñé?”, “¿Eso es lo más importante para ti?”.

Las miradas se clavaban en mí como dagas, mientras abría lentamente mi boca. No paraba de sudar. "Acepto". Un débil sonido salió de mí. Ya me arrepentía, pero no había vuelta. Tampoco había reacciones. La imagen se había congelado. Asustado empiezo a tipear en el computador para entender lo que pasaba. Se había desconectado el internet del exterior en plena reunión. Sigo tipeando con desesperación. Voy a configuración y me percató que se conectó el sistema interno de la casa. "¡Casa de última tecnología!", "¡Patrañas!". De pronto recuerdo a mi padre, quien, en un cuarto apartado, se haya solo, exánime y únicamente con vida gracias a complejas conexiones de cables conectadas a su cama y a la misma casa. Con espanto reviso el estado de su soporte vital vía remota por el computador. Una especie de virus ataca al aparato. Tipeando con gran rapidez solo puedo ralentizar al desagradable intruso computarizado. Tipeo con más fuerza. Un chicharreo con un sonido intenso hace que se apague la luz. "¿Qué pasa?". Se escucha a lo lejos. "Creo que es solo un cortocircuito" grito con falsa calma. Creo que el final de la reunión es lo que menos importa ahora.

### El abuelo.

Solo veo oscuridad. Lo último que recuerdo es un dolor fuerte en el pecho y caer al piso. No es raro el sufrir múltiples dolencias en un anciano como yo. Mi esposa hacía tiempo que había fallecido. Y yo solo ansiaba volver a ver a mi hijo, su esposa y mis hermosos nietos. Realmente son una luz que me han dado ánimo en mi vejez. Pero ahora solo veo oscuridad. Camino como en una especie de túnel y luego de un largo andar veo una extraña luz y a un par de seres poco amigables esperando. Pero en otra dirección una luz más tenue me atrae. "¿Quién eres?", le digo. "¿No



sabes quién soy?”, me responde. “Ni donde estoy”, le replico. “Ni sé dónde ir en esta oscuridad”, digo desesperado. “Mi papa siempre me dice que sin importar la oscuridad siempre hay una luz con la que se puede avanzar”. Esas palabras me tranquilizan y me llenan de recuerdos “Yo siempre solía decir lo mismo, pero lo había olvidado. Tu padre es alguien muy listo”, digo en forma automática. Me da la razón. Entonces le digo “Se nota que para ti la familia es esa luz”. “Así es”, me responde brevemente. Aquella desconocida voz me llena de esperanza en aquel túnel oscuro y empiezo a caminar y luego correr, ya no en dirección de aquellos dos seres que, molestos, entraron al túnel en mi persecución. Horrorizado apresuro la marcha cuando el ambiente entero cambia a mi alrededor. Ya no es oscuridad sino un pixelado cielo gris el que está sobre mi cabeza. No me detengo, sino que voy en dirección a una luz emanada de lo que parece ser la armadura de una especie de caballero medieval. Levanta su espada y se pone en guardia, pero en vez de avanzar hacia mí lo hace hacia las dos sombras que me perseguían, las que se habían retrasado por algún motivo, para mí desconocido. Entonces un milagro ocurre. Aquel radiante y extrañamente conocido caballero, acabó con aquellos dos seres que parecían indestructibles. Lo miro y completamente aliviado le digo “gracias”. De pronto una oscuridad diferente me rodea junto con un estrepitoso sonido y me encuentro rodeado de cables. Desesperado los desconecto y con mucha dificultad me pongo de pie. Toco mi cara y percibo una gran barba. Trastabillo y camino lentamente hacia la puerta. Desorientado bajo por unas escaleras siguiendo la tenue luz de una arcaica vela para llenarme de asombro al tener la visión más maravillosa de todas. Era mi amado hijo, su esposa y mis dos preciosos

nietos, mis héroes. Confundidos todos, corren hacia mí y me llenan de besos y abrazos.

La felicidad es evidente en cada uno de ellos reflejado en sus rostros llenos de lágrimas. “¡No lo puedo creer! Papá. ¡Estas bien! Los doctores dijeron que era imposible” Con un mar de lágrimas en mis propios ojos le digo “Nada es imposible si estamos unidos, ustedes son mi luz”

### Epílogo

Es difícil creer que, en aquel mismo salón, un poco antes, una cena silenciosa se vivió. Todos alegres conversaban, recordaban y reían. Solo había una luz de vela, pero una luz más profunda los iluminaba, una luz que solo se vislumbraba cuando juntos estaban

No una consola conectada, o un celular, ni tampoco una pantalla o un computador ni menos una cama de enfermos de última generación; eran las vidas de un abuelo, un padre, una madre, un hijo y una hija que interconectados estaban, pero no con WIFI sino con amor. Y aun cuando la energía y el internet volvieron a nadie le importó solo a un padre que tomó su celular y en un chat laboral grupal escribió sencillamente “no”.